

ALIX

LEYENDA ALEMANA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1900. 1625 MONTERREY, MEXICO

PERSONAJES.

OTOCAR DE ATLEMA, conde de Franconia.

ULRICO, estudiante.

ALIX, su querida.

MANSFELD.

SALADO.

ENRIQUE FRITZLAR.

RAMUCIO DE BIZANCIO.

MUNIUS, judío.

MUCEDIN, enviado de la Sublime Puerta.

CONJURADOS, CONDOTTIERI, PAJES.

} CONJURADOS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTESENY, MEXICO

---

I.

La escena pasa en Nuremberg, en casa de Ulrico, y representa una salita con dos ventanas que dan sobre un emparrado; en el fondo, á la derecha, habrá una escalerilla de caracol, muy obscura, que va á perderse en el techo. Alix está haciendo labor junto á la ventana.

Entra ULRICO.

ALIX. (Levantándose.)

¿Conque?.....

ULRICO.

Pronto, pronto, hermosa conspiradora.

ALIX.

¿Cuándo?

ULRICO.

Pronto.

ALIX.

¡Pues! la respuesta de siempre. (Vuelve á sentarse y coge su labor.)

ULRICO.

¿No te he dicho que aguardo esta noche á Mansfeld?

ALIX.

¡Qué sé yo!

ULRICO.

Sí, esta noche vuelve de Praga. Aunque no le conoces, recíbele bien, Alix; es mi mejor amigo, un alma austera y buena, un alma antigua con la ternura cristiana.

ALIX.

No digas más; si trae á esta tierra valor, sea muy bien venido. Me gusta todo lo nuevo.

ULRICO. (Sonriéndose.)

Estás enfadada, Alix, de algunos días á esta parte, y á fe que no tienes razón; ¡se trata de un negocio de vida ó de muerte para toda una ciudad, para todo un pueblo, y esta hermosa niña ve en ello un motivo para ponerme mala cara!

ALIX.

Sí, estoy enfadada porque todos los conjurados son unos cobardes. Esta ciudad de Nuremberg está poblada de miserables; no hay en toda la Franconia más que un hombre, y ese es el Conde, que ha osado juzgaros en lo que valéis, que os ha subyugado con un puñado de bandidos italianos, y os hace humillar la frente hasta el arroyo con sólo miraros. Diez años ha que os hace sufrir esa afrenta; diez años hace, ¡diez! que os maneja como á sus perros, con un látigo y un silbato; por mi vida que no comprendo cómo son estos hom-

bres. Lo que es yo, sólo de oírle pasar cantando y silbando por en medio del gentío que se calla y le abre paso, me muero de vergüenza; no sé cómo sois; por vida mía que no lo sé. ¿No va ya para un año que estáis conspirando, y que vuelves todas las noches con el mismo estribillo en los labios: *pronto?* ¡Y eso se llama hombres! ¡Vaya unos hombres! Si me hubieras dejado conspirar sola á mi modo, hace un año que á todos os hubiera libertado del yugo la mano de esta hermosa niña que te pone mala cara.

ULRICO.

¿De veras?

ALIX.

Le hubiera aguardado abajo, á la puerta, á su vuelta de la caza; con una mano hubiera asido la rienda de su caballo, y con la otra le hubiera clavado un cuchillo en el corazón. El día menos pensado me exaltarán á tal punto el fastidio y la indignación, que haré lo que ya hubiera debido hacer; y puede que sea mañana, sin ir más lejos, Ulrigo, si vuelves á mirarme con esa sonrisa de desdén.

ULRICO.

Bien, pero reflexiona un poco. Nunca has querido ver al Conde; supongamos que en el mo-

mento de ir á herirle te sorprenda la expresión de su rostro, ó que te mueva á compasión su mirada tierna ó altiva; ¿has pensado en esto? Como todas las mujeres, te representas el objeto de tu odio bajo un aspecto singular y horrible; apostaré á que con sólo ver en el Conde facciones humanas, al hallarte con un hombre de buena presencia en lugar del monstruo que te imaginas, te sentirías enternecida y temblaría tu linda mano.

ALIX.

¿Se te figura, eh? Ya lo verás.

ULRICO.

Conque según eso, Alix, aborreces al Conde; ese sentimiento de odio ocupa todo tu corazón. Con tal que el Conde muera, todo va bien. Ya no me amas.

ALIX.

Te amo todavía, Ulrico; pero me siento á punto de despreciarte, y por eso quisiera morir esta noche. Pero tú que hablas de amor, ¿dónde está el tuyo? Que no te lleguen al alma la ignominia de tu patria y tu propia ignominia; que veas sin cólera á ese infame Conde poner una mano insolente en la honra, en las libertades, en las vidas de sus conciudadanos, creo que te lo perdonaría; pero ese Conde ha hecho morir á mis dos hermanos; pero

yo he engañado, he abandonado por tí á mi madre, desolada por la muerte de sus dos hijos, y la infeliz ha muerto maldiciéndome. Venga á mis hermanos, y mi madre me perdonará: esto es todo lo que deseo. Además, me lo has prometido; de otra suerte, ¿viviría yo acaso? ¿Tienes memoria á lo menos? Hace un año, el día en que murió mi madre del dolor que yo le había causado, harto comprendí que no me quedaba paz ni ventura que esperar en este mundo ni en el otro; entonces se me ocurrió el pensamiento de matar al asesino de mis hermanos y de romper al mismo tiempo el yugo de la Franconia. Yo conocía muy bien á mi madre; todo se lo hubiera perdonado al vengador de sus hijos, y además era una noble mujer que no podía sufrir la ignominia ni en su casa ni en su patria. Acordábame de que ella misma había armado la mano de sus hijos para la rebelión.... Sí, estoy segura de que su alma habría volado al encuentro de la mía, si yo hubiese cumplido lo que aquel día se me pasó por la imaginación.... Pero me dijiste que tú te encargabas de ello, que para tan grande obra se necesitaban hombres; parecías como inspiado por una súbita revelación; tus ojos brotaban chispas, tus labios temblaban al pronunciar nobles palabras, y te creí, consentí en vivir, en poner en

tus manos, entonces muy queridas, el cuidado de libertar á mi patria de su miseria y de libertarme á mí de mis remordimientos. Un año hace de esto, Ulrico, y sin embargo, ¿qué has hecho? Tu ardor, en vez de aumentar, parece que se va apagando; de un mes á esta parte ni siquiera me atrevo á hablarte de nuestros proyectos; tanto es lo que temo encontrar en mi amante un cobarde ó un traidor.

ULRICO. (Sonriéndose.)

Paciencia, hermosa mía.

ALIX.

¡Siempre lo mismo! ¡Siempre esa sonrisa!... Mira, una sola cosa tengo que decirte, y luego haz lo que quieras.

ULRICO.

Habla, habla.

ALIX.

El Conde me ha escrito.

ULRICO.

¿Á tí, el Conde? Tú sueñas.

ALIX.

Hace dos horas, cuando pasaba por la plaza, estaba yo sentada aquí, dondè estoy ahora, cuando cayó á mis pies un bolsillo lleno de florines, con este billete. Lee.

ULRICO. (Leyendo el billete.)

«Hermosa niña, si gustáis de ser Condesa soberana por un par de horas, contad para ello conmigo.—Otocar.» ¡Lenguaje propio de un corazón respetuoso y enamorado! ¿Le has respondido?

ALIX.

¿Estás loco? Pero.... ¿qué tienes? nunca te he visto así; nunca he visto en tí esa calma y esa sonrisa.

(Dan las siete en una iglesia cercana. Ulrico cuenta las horas; al dar la séptima se levanta.)

ULRICO. (Cogiendo la mano de Alix.)

Ves en mí esta calma y esta sonrisa, amor mío, porque la aurora del día de mañana alumbrará la tumba del Conde ó la mía.

ALIX.

¡Cómo! ¿Qué dices?

ULRICO.

He querido, hija mía, evitarte las inquietudes de semejantes momentos; he querido, por tí, como por mí, que fuesen lo más breves posible. Media hora nos queda; á las siete y media voy á reunirme con mis amigos.... Mañana seremos libres; esta noche mato al Conde.

ALIX.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Esta noche! ¡Tan pron-

to! ¿Estás seguro de tus amigos?..... Esta noche..... ¡Pues si ya es de noche!..... ¿Conque es ahora mismo?

ULRICO.

No tengas cuidado, Alix; todos están prontos y son fieles. No se trataba únicamente de matar á un hombre, sino de sublevar á un pueblo, y esto es lo que nos ha cogido tiempo. Todas las ciudades en que tiene gobernadores el Conde, Furth, Bamberg, Wurtzburgo, Anspac, harán á la hora señalada lo que vamos á hacer nosotros. Mañana la Franconia se despertará libre en su lecho de esclava; mi patria muerta resucitará á la luz del sol sacudiendo su rota cadena. ¡Felices los que van á verlo! Sí, mi mente concibe, Alix, dos espectáculos igualmente espléndidos y dignos de las miradas de Dios: el uno es la creación de un mundo, y el otro la resurrección de un pueblo.

ALIX. (Echándose en sus brazos.)

¡Oh Ulrico, oh amado mío! (Le obliga á sentarse y se sienta á sus pies.) Ahora que pienso en ello, tú eres su jefe, tú, el más joven de todos. Sin tí nada se haría..... ¡Ah, qué feliz soy! Mira, voy á decirte una cosa en secreto. Eres gallado como un rey, eres bizarro como un emperador..... pero oye lo que va á suceder; mañana serás conocido y admi-

rado de todos, de las mujeres también. No habrá nadie que no te repita lo que yo te digo sola hoy: acuérdate de que yo te lo he dicho antes que ellas, antes que todos; ¿no es verdad, Ulrico?

ULRICO.

Sí, sí, hermosa.

ALIX.

En primer lugar, si amases á otra, te engañaría, y muy fácilmente. Tú has estudiado á los hombres, Ulrico, eres digno de ser el caudillo de una nación, eres un sabio y un filósofo; pero no conoces á las mujeres: te engañarían como á un niño.

ULRICO. (Riéndose.)

¡Holal! ¿Y qué sabes tú? ¿Conque tú me has engañado?

ALIX.

Mucho que sí. Ahora mismo, por ejemplo, te estoy engañando, porque me río; esto te hace sonreírte, y no conoces que tengo ganas de llorar..... Hablo, hablo para aturdirme; pero si tú no estuvieras ahí, no haría más que llorar.

ULRICO.

Alix, ¿no has deseado con toda tu alma que llegue por fin esta hora que ha llegado?

ALIX.

¡Pobre de mí, verdad es! (Llora.) Perdóname, perdóname.

ULRICO.

¿Que te perdone, angel mío?

ALIX.

Si mueres, yo te habré dado la muerte. Por mí, por mi insensato odio te has lanzado á esa terrible empresa.

ULRICO.

Y eso más tengo que agradecerte, hermosa mía. Es cierto, y me acuerdo de ello, que antes de que iluminase mi alma tu generosa cólera, no me atrevía á levantar mi pensamiento á esta santa conjuración; ahora, ya viva, ya muera, dejaré, merced á tí, un nombre que los oprimidos pronunciarán en voz baja con amor, y los tiranos con espanto. Gracias, Alix mía; por lo demás, no te hagas tristes ilusiones; tengo fundadas esperanzas de sobrevivir al Conde.

ALIX.

¿Lo esperas?..... No, me engañas, no lo esperas..... ¡Dios mío! ¡Si me hubiera sido posible olvidar mis odios! Hay en los arrabales, á la orilla del río, casitas solitarias en el fondo de los jardines; allí hubiéramos podido vivir felices años y años, sin saber tan siquiera si hay tiranos en el mundo!..... La desgracia ha sido que viviéramos aquí, en esta plaza, por donde él pasa continua-

mente..... Esa fatal idea se me representaba un día y otro; mi cabeza ardía..... mi pobre corazón está lleno de tempestades. Utrico, tengo ideas horribles; no sé si todas las mujeres sufren los tormentos que sufro yo..... No puedo decirte todos mis pensamientos; tengo algunos espantosos..... ¡Ah! es que no todas las mujeres arrastran como yo el peso de la maldición de sus madres!

ULRICO.

No pienses en eso, yo te lo ruego.

ALIX.

Hablemos de cosas alegres. ¿Te acuerdas de la tarde en que nos vimos por la primera vez?

ULRICO.

Me acuerdo muy bien. Fué en las orillas del estrecho lago que llaman la Alberca de las Garzas; el sol desaparecía á la derecha, detrás de la colina del Werra. Tú bajabas la colina dando el brazo á tu madre.

ALIX.

Yo bajaba la colina dando el brazo á mi madre, y tú subías por el mismo sendero. Cuando te hiciste á un lado metiéndote entre las viñas para dejarnos pasar, mi madre me dijo: ese joven es respetuoso con los ancianos; su ancianidad será feliz.

ULRICO.

Sí, y luego me senté en el sitio mismo en que os había hallado, y allí me quedé hasta la noche. Al día siguiente tuve buen cuidado de volver á la misma hora y os encontré de nuevo, tu madre me reconoció y me saludó, pero tú hiciste como que no me reconocías.

ALIX.

Hice como que no te reconocía, porque te amaba. (Llaman á la puerta; Alix va á abrir; entra Mansfeld.)

ULRICO.

¡Mansfeld! ¡Loado sea Dios que te trae á tiempo! Esta noche se da el golpe.

MANSFELD.

¡Loado sea Dios! (Alix ha vuelto á tomar su labor.)  
¿Quién es esa niña?

ULRICO.

Alix. ¿No has recibido las cartas en que te hablaba de ella?

MANSFELD.

No la creía tan joven.

ULRICO.

Es valiente como un león. Sus ojos azules brillan como relámpagos cuando habla de sus hermanos.

MANSFELD.

¿Es tu mujer, no es así? ¿Su madre vive con vosotros?

ULRICO.

Su madre ha muerto.

MANSFELD.

La niña hubiera hecho mejor en quedarse al lado de su madre.

ULRICO.

¡Mansfeld!

MANSFELD.

Mejor hubiera hecho en quedarse al lado de su madre y en no vengar á sus hermanos.

ULRICO.

Mansfeld, mírala.

MANSFELD.

Sí, está dotada de belleza y de energía; pero no me gusta ver al lado del que camina al martirio una imágen tan dulce de la vida.

ALIX. (Acercándose de pronto.)

Eso sería bueno, señor Mansfeld, si yo no hubiera de seguirle.

MANSFELD.

Bien respondido, Alix. Venga esa mano. ¿Qué ruido es ése? (Tumulto de gente en la plaza. Ruido de caballos: cesa de repente, y en medio del silencio se oye silbar una cavatina.)

ULRICO.

Es el Conde que vuelve de la caza.

MANSFELD.

¡A ese extremo de imprudencia ha llegado!  
¡En su ciudad natal! ¡El miserable abofetea á su madre!  
¡Y ni una sola ventana se abre para responder á su provocación de palafrenero!  
Ulrico, te has engañado. Ya es tarde ó todavía no es tiempo.

ULRICO.

Las nubes se apiñan antes de lanzar el rayo. Paciencia. (Pasa la cabalgata por delante de la casa. Alix se precipita á la ventana.) ¿Qué haces, Alix? ¿No has jurado evitar la vista de ese hombre?

ALIX.

Ahora ya puedo mirarle, puesto que va á morir. Quiero verle una vez.

ULRICO.

¿Levanta la vista? Dime si alza los ojos sobre tí.

ALIX. (A la ventana)

¡Que pálido está! Parece la estatua de su sepulcro. ¿Es posible que sea joven todavía? ¡Hace tanto tiempo que practica el mal!.... No, no levanta la vista; va entretenido con sus galgos..... ahora se vuelve..... ¡Virgen María, qué mirada!....

(Se retira de la ventana, toda trémula, y cae sobre una silla.)

ULRICO.

Querida mía, su vista te ha hecho daño.

ALIX.

No es nada. Estaba yo mirando la gualdrapa carmesí de su caballo, cuando sentí de pronto su mirada fija en mí.

ULRICO.

Mirada y billete, Alix, todo lo pagaré de una vez.

MANSFELD. (Que se ha quedado pensativo.)

Ulrico, ¡ay de los pueblos que no practican la ingratitud! El padre de ese hombre había merecido bien de su patria; no era, como todos nosotros, más que el ciudadano de una ciudad libre, solo que era el más rico. En un año de escasez suma, gastó su caudal en dar de comer á Nuremberg y á toda la Franconia; á no ser por él, todos nuestros padres se hubieran muerto de hambre. Por salvarnos vendió todas las tierras que poseía en Suecia y en Livonia, y agradecidos nuestros padres le edificaron ese castillo desde el cual su hijo exige ahora violentamente todos los atrasos de nuestra deuda. La gratitud de los pueblos, amigo, es un crimen para

con la libertad: la raza de los buenos ciudadanos debería condenarse al destierro como la de los grandes criminales. *Summa injuria, summum jus*. Supongo que no serán hombres de este país los que sirven de cortesanos á ese déspota.

ULRICO.

Los más son italianos, capitanes de su guardia.

MANSFELD.

Sí, la Italia es la que lo ha perdido. Seis años ha vivido en medio de aquellos cultos piratas y de aquellos feroces comediantes á quienes los italianos llaman sus príncipes. Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aunque yo era todavía muy niño: lo mismo que una virgen se sonrojaba al dirigirnos algunas palabras afables; era delicado y enfermizo. Un día salvó á riesgo de su vida á un muchacho que se estaba ahogando en el Pegnitz, y mientras la madre le besaba las manos sin poder pronunciar una palabra, prorrumpió en sollozos y fué corriendo á ocultar su turbación. Grande impresión me hizo aquella escena. Aquella juventud prometía.

ULRICO.

Ahora hace llorar á las madres y sonrojarse á las doncellas; ahora tiene una cara impasible, en que la sangre no deja mancha, y que la crápula

no puede ajar: ni aun sé si el brillo de una daga que amenazase su garganta bastaría á labrar un pliegue en su máscara italiana. En fin, pronto lo veré.

MANSFELD.

¿Tú le vas á herir?

ULRICO.

Yo. Todos nuestros amigos lo ignoran aún, pues he querido guardar este secreto hasta el último momento. Á las siete y media nos aguardan en las ruinas de San Esteban para concertar las medidas supremas.

MANSFELD.

El Conde es suspicaz y está bien guardado.

ULRICO.

Lo sé. Sé también que su jubón está forrado de láminas de acero; pero guardo allí arriba en una cajita, como una joya sin igual, un talismán, delante del cual desaparecerán todos los obstáculos, y es una carta de nuestro antiguo maestro, el doctor Staumer, dirigida al Conde. Staumer se hallaba moribundo en Viena hace cinco meses, cuando el Conde le mandó llamar con toda urgencia: el Conde padece un mal interior que le roe el pecho, mal que también padeció su padre, y de que le curó Staumer. Staumer era un dios para él; al

mismo tiempo recibí la noticia de la muerte del doctor, y una carta en la que me recomienda al Conde como el mejor de sus discípulos. Delante del médico, claro está que se abrirá el jubón de las chapas de acero; con un mismo golpe le curaré á él de sus males y á nosotros de los nuestros.

MANSFELD.

Bien, pero ya se hace de noche: ¿no es éste el momento de la cita?

ULRICO.

Sí, vamos. (Se vuelve hacia Alix, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos.) Esa emoción la ha quebrantado. Ya no la veré más ni dormir ni velar.

MANSFELD.

Ven.

ULRICO. (Mirando á Alix con ternura.)

Volveré para tomar la carta.

MANSFELD.

Mejor harías en tomarla ahora.

ULRICO.

No, volveré, es más seguro; vamos..... (Vanse.)

## II.

Una estancia subterránea en las ruinas del convento de San Esteban, en la que hay varias hileras de asientos de piedra y un púlpito enfrente de los asientos; encima del púlpito un crucifijo de medio relieve esculpido en la pared. La escena está iluminada por teas hincadas en argollas de hierro sujetas á las paredes. Como hasta veinte conjurados, algunos de ellos enmascarados, ocupan una parte de los asientos; van llegando otros nuevos y sentándose después de haber dado el santo á un hombre que está de pie á la puerta con una espada desenvainada en la mano.

Entran ULRICO y MANSFELD.

MANSFELD.

¿Quiénes son esos tres que llevan capuchas blancas como la tuya? ¿Los otros jefes?

ULRICO.

Sí. Ese que está más cerca de nosotros, el más gordo, es el síndico del gremio de los roperos, maese Enrique Fritzlar; con él contamos al comercio por nuestro. Es rico y tiene dos hijas hermosísimas; por ambas razones es enemigo del conde.